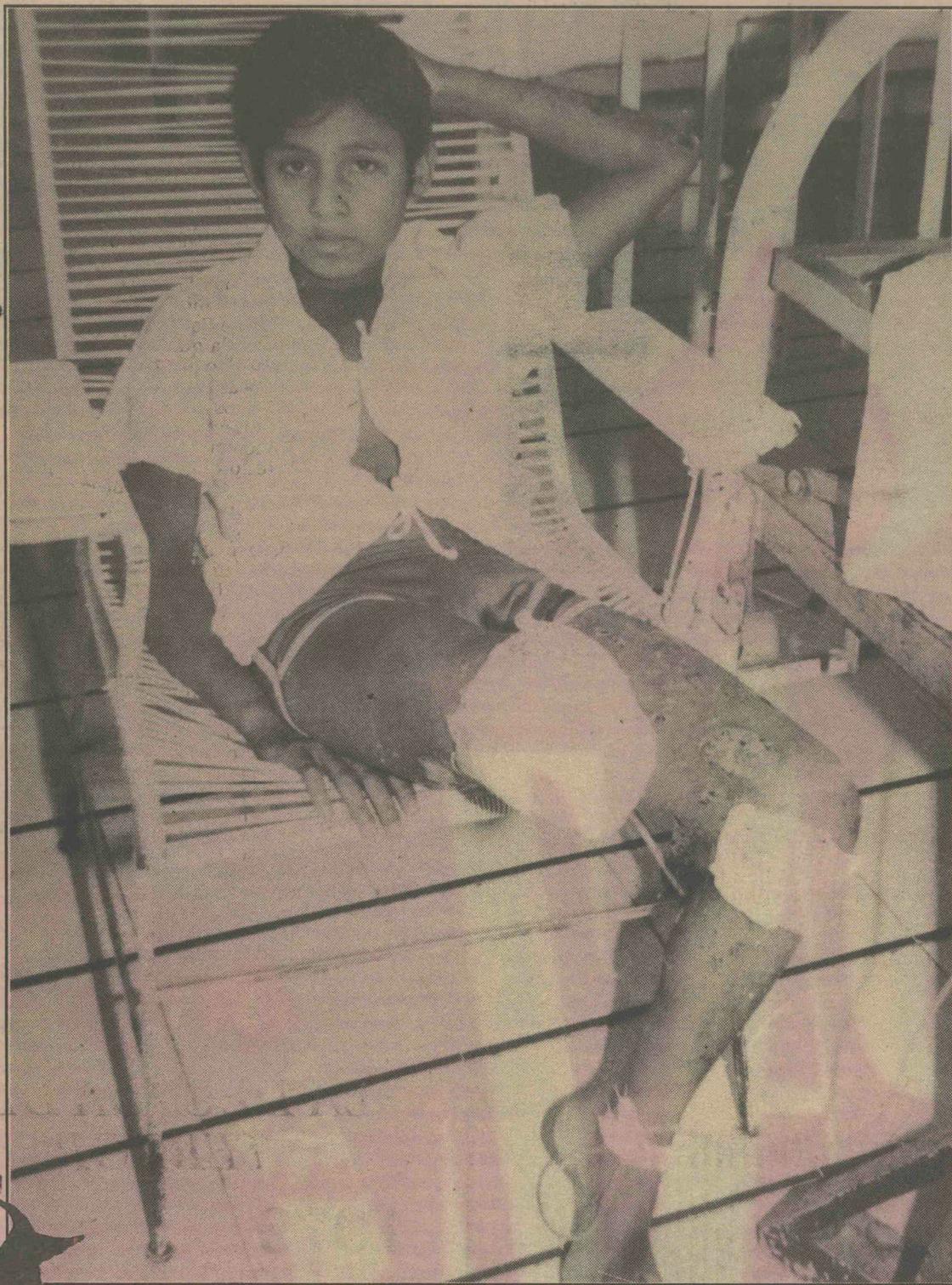


El Verdadero Costo de la Guerra



¿Cuál ha sido el precio de la guerra contra El Salvador? Nos abruman innumerables memorias: recuerdos de amigos asesinados a sangre fría; imágenes de puentes majestuosos dinamitados; remembranzas casi borradas de lo que había sido una sociedad ejemplarmente trabajadora, amable, segura. A los cuarenta mil o más víctimas deben sumarse decenas de miles de mutilados, como aquellos que padecen invalideces psicológicas y anímicas. Ese es el costo que tuvo el sueño de enloquecidos, del intento de imponer sobre nuestra patria una dictadura del proletariado. Para decirlo en una frase, hemos retrocedido a las condiciones que prevalecieron en los años cincuenta.

Nadie puede cuantificar el alcance de la destrucción material sufrida. Lo arrasado o dañado -el sistema de generación eléctrica, transportes públicos y privados, fábricas, ingenios de azúcar, beneficios de café- son la herramienta de trabajo, el sostén del empleo, lo que alimenta, viste y cura con «objetivos militares». Durante la década del horror cualquier cosa podía ser un blanco del terrorismo, incluyendo, como se ha leído en los «graffiti» sobre paredes, «las criminales cajas telefónicas». Han sido pocos los cuarteles o guarniciones dinamitadas, pero en la década de la gran violencia, un cuarenta por ciento de todos los puentes del país fueron dinamitados, incluyendo

los dos más grandes de la nación; se quemaron más de quinientos autobuses urbanos e interurbanos; se volaron doscientas torres de transmisión eléctrica; cuarenta edificios municipales. Seiscientos cincuenta escuelas fueron destruidas parcial o totalmente por la guerrilla. Hay que agregar la destrucción de instalaciones portuarias, estaciones de bombeo de agua, almacenes, bodegas, maquinaria agrícola, ferrocarriles, aviones de riego y hangares. La guerrilla ametralló hatos bovinos y quemaba sistemáticamente los archivos municipales en las poblaciones donde incursionaban, o las cosechas de café y algodón recolectadas.

En múltiples ocasiones y para aislar determinadas áreas, la guerrilla atacó con fuego de ametralladora buses urbanos, matando a centenares de pasajeros. En los ataques a poblaciones en todo el territorio, las casas perdían tejados, paredes y enseres, o eran saqueadas en su totalidad.

Reponer esos bienes, estructuras, viviendas, vehículos y puentes costará el equivalente a la producción bruta del país en un año, o sean dos mil millones de dólares.

Pero hay otra destrucción, de suyo inconmensurable, dimensionada en dolor, frustración y vidas truncadas, que debe tomarse en cuenta, y que es imposible hacer de lado u olvidar.

En San Salvador y a consecuencia del éxodo de personas y familias que escapaban de las zonas «de persistencia guerrillera» -votando con sus pies, al decir de Lenín-, la UNICEF calcula que hay más de cien mil niños entre los siete y los diez y ocho años, que deambulan por las calles como vagos, rateros, limpiabotas, vendedores de baratijas, limpia automóviles y ocupados en Dios sabe que cosas, que nunca fueron a la escuela, no tienen oficio alguno, sufren de desarrollo mental insuficiente, caen fácilmente en la prostitución y carecen, en el sentido usual, de una familia. Son criaturas en el abandono que enfrentan un futuro muy incierto o espantoso.

A esto hay que adicionar las decenas de miles de personas desplazadas, que en su mayoría viven de donativos alimentarios provenientes del exterior y que en una época fueron campesinos o pobladores de las zonas rurales al margen de la economía de producción pero capaces de sostenerse a sí mismos. A medida que lograban ser «explotados», se incorporaban a la economía de consumo y al uso de la maquinaria y la herramienta, pero ese proceso se detuvo de golpe con las reformas estatizantes decretadas en 1980.

El costo de la conflagración no debe medirse tanto en cifras, como en la perversión del carácter nacional, que ha caído en la dependencia; en una criminalidad callejera que borró la idea de «seguridad ciudadana»; en la corrupción burocrática, el desvencijamiento urbano y la demagogia política. La guerra provocó un éxodo sin precedentes en la historia contemporánea, dos veces mayor que el cubano. Y para justificar esto, hemos sido víctimas de una de las campañas de «asesinato de imagen» más perniciosas y machacantes imaginables.